

Nuestro compromiso con la tierra

No creo que descubramos nada nuevo a los amables lectores de la Revista ALCÁNTARA si afirmamos que en Extremadura toda manifestación cultural, toda expresión de la personalidad antropológica de nuestras gentes nace, crece, se reproduce y muere en estrecha imbricación con el terruño; bien con su explotación como proveedor de sustentos, bien con las fases de su cultivo, bien con su presencia en las vivencias y percepciones personales o bien con las consecuencias de su posesión o de su pérdida. Poseer o no poseer tierra es determinativo en la mentalidad popular a la hora de hacer clasificaciones o estructuraciones del conjunto social.

Los grupos demográficos residentes en la región desde épocas preteritas, no sólo han vivido «sobre» la tierra, sino «con» la tierra; aunque quizá sea oportuno subrayar que cuando hablamos de «la tierra» como regazo y abrigo de estas gentes y familias, nos estamos refiriendo al «campo»: es decir, a esa pequeña parte del ancho paisaje geográfico que acogió y encarriló sus esfuerzos, que empapó su sudor y que rindió los felices frutos de la cosecha, convertidos en premio y regocijo, en compensación y fiesta, por las tradiciones folclóricas y culturales del país; que nacían, igualmente, y se engendraban en las actividades y en las funciones agrícolas o ganaderas.

Desde los primeros momentos del amanecer histórico el hombre extremeño se fundió con su tierra —con su campo— y bien como pastor, como rabadán, como bracero o como agricultor trashumó sus veredas o fecundó sus entrañas con los afanes del penoso laboreo. Del campo obtuvo savia nutricia, sustento y riqueza; aunque le fueran

arrebatadas, las más de las veces, por lejanos derechos de propiedad o conquista que esgrimían abusivamente los que llegaban de fuera. También de la tierra obtuvo creencias y esperanzas —fe y aliento—, además de colores, formas, ritmos y melodías para acompañar y adornar fiestas y lutos, angustias y trabajos, que le imponía su existencia.

Este campo y esta tierra fueron —y son— recios, dispersos y contrastados. Ningún panorama ni paisaje se prolonga en Extremadura más allá de algunos kilómetros, ni se hace monótono y contumaz a lo largo de sus rutas o itinerarios. Muy al contrario: breves llanuras fluviales se encajan entre los riscos y laderas de sierras y repechales; cordilleras arriscadas en farallones encierran en sus estribos los vergeles húmedos y verdes de los piedemontes, regados por numerosos arroyos de aguas limpias y heladas de las cumbres. Penillanuras onduladas y esteparias, cubiertas de encinares y alcornoques, alfombradas del breve pasto aromático y espinoso de la debesa, que malnutre a los hatos silenciosos de ovejas o cabras; valles, en fin, umbrosos y amables, con aldeas y caseríos colgados de las laderas, o campiñas y vegas feraces tendidas sobre los riberos, pero atormentadas por la sed lacerante y angustiosa de las grandes sequías cíclicas.

Cada rincón de Extremadura, cada trozo de su mapa, cada recoveco de su compacta geografía es una comarca distinta —recia y diversa, como antes decíamos—, que sólo se parece a sí misma, con sus peculiaridades y disimilitudes, que merced a esas raíces que unen a sus gentes a la tierra, muestran una personalidad irrepetible.

En este número de ALCÁNTARA hemos querido, precisamente, destacar esta individualidad comarcal de la región, contemplada desde el ángulo de sus caracteres agropecuarios y de sus recursos y posibilidades; para ello hemos contado con la colaboración de un grupo de profesores y becarios de la Facultad de Geografía de la Universidad de Extremadura, que en un trabajo minucioso y puntual han planteado una propuesta de organización comarcal y su valoración en términos económicos.

No se trata, pues, de una evocación del campo, ni de una ponderación de sus adberencias étnicas, antropológicas o culturales; sino de una investigación académica, tan fría como útil para evaluar unas potencialidades agrícolas y ganaderas en función de beneficios y rendimientos.

Con este número, ALCÁNTARA quiere abrir una nueva senda temática para sus páginas, ya que no se trata de un número especial ni monográfico, sino de un argumento unitario que ha llegado a la redacción de la revista como un bloque temático bien cohesionado, sobre un aspecto escasamente tratado en nuestras páginas pero que presenta todo el interés y oportunidad que nos da la vinculación con la tierra de que hablábamos al principio, sin desmerecer en ello su enfoque. El resto de las secciones y apartados habituales de la revista se conservan y desarrollan con su normal autonomía, y sin que se vean condicionadas por los estudios que aquí presentamos.

Esperamos haber contribuido con esta idea a hacer de nuestra publicación un instrumento más interesante y variado para conocer y comprender el contexto socioeconómico extremeño, a la vez que subrayamos también nuestro perenne compromiso, posiblemente en otros aspectos o dimensiones, con esta tierra que es nuestra tierra.

M. C. Q.
Director